

Post Mortem

Peter Terrin

Traducción de Maria Rosich

Para mi hija

«No somos quienes somos,
somos lo que el mundo sabe de nosotros...»

– W. F. Hermans, *Herinneringen van een engelbewaarder*

Nace el 10 de agosto del 2004, Renée Steegman. A las 14:56 h abandona el útero materno con el ceño profundamente fruncido. Ayudo a Tereza a respirar, una comadrona aprieta el vientre gigante. Tereza no quiere parir, quiere retener a su hija consigo, sabe que echará mucho de menos el vientre. Ya pasan diez días de la fecha prevista, el ginecólogo considera que ya es hora. Por la mañana vamos al hospital y le dan medicación para provocarle las contracciones. Me he traído un libro, sólo leo media página. Tereza está triste, intranquila, asustada. Entonces empieza el dolor, la epidural llega demasiado tarde. Parece que vaya a desmayarse en pleno parto; no sé si es posible, con tanta adrenalina en la sangre, que una mujer se desmaye durante el parto. Cuando asoma la cabecita, el ginecólogo dice: mira, la cabeza, tiene mucho pelo. Pero yo no quiero verlo, no quiero mirar hasta que haya nacido de verdad, hasta que lllore, viva. Tengo la sensación de que todavía puedo perderlo todo.

Uno

1

Como un ciego, buscó la toalla con los brazos estirados. Abrir los ojos sólo serviría para empeorar el escozor.

¿Cuánto tiempo hacía que no se le metía champú en los ojos? No se acordaba. Desde que era pequeño, quizá. A lo mejor le pasaba a menudo, lo del champú en los ojos, pero con un champú mejor, uno que no picaba. ¿O se estaba haciendo viejo, irritable? ¿Tendría que empezar a usar el champú de Renée, el que olía a fresa?

Tienes cuarenta años, pensó Emiel Steegman. Cuarenta no es ser viejo.

Para colmo, no había ni una sola toalla a su alcance en la barra cromada de encima del radiador.

Él intentaba en todo momento dejar claro a los demás, predicando con el ejemplo, colgando toallas en la barra, que no costaba tanto hacer las cosas como era debido. Fracaso.

Su mensaje no llegaba. Se lo tomaban como si pudiesen ahorrarse el trabajo, porque ya lo hacía él. A la larga, empezaron a darlo por sentado.

¿Qué habría hecho Otto Richter en este caso? El famoso escritor superventas disfrutaba, por supuesto, de las ventajas de su avanzada edad, pero ¿y cuando tenía cuarenta años? ¿Acaso entonces ya tenía una esposa más joven y sumisa que se ocupaba de cosas como las toallas? ¿Y si una toalla podía afectar tanto el humor de Richter que el resto del día ya no le salía ninguna palabra? Era simplemente impensable. El hombre tenía asistenta doméstica. Era como aquel piso enorme en el barrio más rico de la ciudad al cual se había trasladado en un cierto momento; si se podía permitir una asistenta o no, era lo de menos. Un escritor es alguien que se hace el mundo a su medida, ¿no?

Una imagen fugaz de Tereza, su mujer, en delantal de encaje y cofia, y nada más; no venía por la toalla.

Desechó la idea, ahora no tenía tiempo, pero la negligencia de Tereza ya no le parecía tan grave como antes.

Hizo caer botellas, sales de baño, juguetes, la rana grande de plástico con las ranitas dentro. Se apoyó en el borde de la bañera y alargó el brazo cuanto pudo buscando una hipotética toalla encima del radiador. Los ojos se le movían involuntariamente detrás de los párpados cerrados, siguiendo sus manos, mirando lo que se imaginaba, y con cada movimiento se intensificaba el escozor. Tal vez era un trastorno nervioso que se desencadenaba de repente debido al calor del agua que caía. Una enfermedad muy rara e incurable. Los analgésicos son lo único que puede aliviarlo, pero también lo entorpecen y lo dejan totalmente incapaz de escribir.

Un par de frases al día, como máximo, escritas con los ojos llenos de lágrimas. El resto del tiempo, medio aletargado en el sofá. Engordar.

¿Para qué quería la toalla? ¿Le aliviaría el dolor? ¿En qué estaba pensando?

Volvió a ver el mapa de Europa, esta vez decorado con unas extrañas estrellitas titilantes que los músculos de sus ojos empujaban continuamente hacia un lado, frenándolas gradualmente, hasta que desaparecían de su campo visual. Antes, de pequeño, en la primera oscuridad después de apagar la luz de la mesilla de noche, se le aparecían contra el interior negro de los ojos unas estrellitas iguales a éstas. Siempre eran dos. En aquella época no le parecían estrellas, sino los ojos luminosos de un búho que por lo demás se mantenía en las sombras. Un animal sabio que lo cuidaba y al cual llamaba mentalmente, nunca en voz alta, «Señor Búho». Lo acompañaba toda la noche, desaparecía justo antes de que se despertara por la mañana. No se lo contó a nadie, le parecía tan evidente como tener padre y madre.

Tal vez su Señor Búho, que no se parecía para nada al del programa infantil de la televisión, era un síntoma precursor de una afección ocular latente.

Se orientó con las estrellitas por encima del mapa de Europa, hacia arriba, hacia el noreste, en dirección al mar Báltico y el trío de exrepúblicas soviéticas. Se había preparado para la cena y sabía, ya no se le olvidaría jamás, que Estonia era la de arriba, capital Tallin.

También había encontrado en Internet el retrato de uno de los invitados. El escritor, de aproximadamente su edad, había presentado al fotógrafo, a instancias de éste, su lado menos favorecido; a no ser que en el otro también tuviese un bulto carnoso en la aleta de la nariz, lo cual parecía muy improbable. Y todavía parecía menos probable que el escritor estonio se hubiese querido fotografiar expresamente por el lado feo, como una declaración de intenciones ante los lectores que creían que los escritores tenían que ser gente guapa, ya que, por lo demás, el hombre iba bastante arreglado, hasta sonreía divertido, satisfecho con el mundo. Como

corresponde al arquetipo del intelectual, llevaba una camisa con el cuello abierto y una chaqueta de pana. Estaba claro que el fotógrafo tenía un toque artístico, pero le faltaba un criterio claro.

La carnosidad no era una verruga clásica, sino más bien una protuberancia del propio tejido, como los nudos de un tronco, que a medida que el hombre envejeciese no haría sino crecer y ocupar un lugar cada vez más prominente en su rostro.

Quizá, pensó Steegman, notando cómo el agua le goteaba de la barbilla al suelo de baldosas, no se había atrevido a decir que no al fotógrafo. Un escritor desconocido, contento de que le hagan un retrato.

Porque, al fin y al cabo, eso es lo que eran todos: desconocidos.

Una cena con escritores buenos y desconocidos. La mitad, estonios. Perfectamente organizada por instancias culturales de ambos países, que colaboran con la intención de dar visibilidad a su literatura nacional. Un grupito selecto; no más de doce personas, le habían asegurado.

Halagado por la buena intención y el honor indiscutible que suponía que le hubiesen invitado, no había dicho que no enseguida.

Todavía no había dicho que no enseguida nunca.

Siempre se puede decir que no más tarde. Nunca se sabe si será útil, de dónde vendrá el empujoncito en la espalda. Hay que empezar desde abajo. Etcétera. Le horrorizaba dejarse convencer una y otra vez por la mentalidad materialista de gente que le quería bien.

Después de diez años escribiendo, después de cinco libros, todavía tenía que conformarse con migajas de buena voluntad, con cenas entre semana rodeado de escritores

estonios que venían a pasar un mes en un castillo, y a los que mañana por la noche había que ofrecer algo de ocio cultural. Un intercambio de capital intelectual. ¿Cuántos de sus colegas habrían rechazado este honor antes de que alguien pensara en él, Steegman, siempre tan agradecido?

Soltó el borde de la bañera y se enderezó. Temiendo resbalar, giró lentamente sobre su eje y buscó el grifo a tientas. Una toalla no le serviría de nada.

Seguro que estaba predestinado a sentarse al lado del hombre del bulto en la nariz. Puede estudiar la carnosidad de cerca toda la cena. Le hace perder el apetito y provoca que se despierte en plena noche, chillando, después de la peor pesadilla en mucho tiempo. Ni que decir tiene que el hombre es tan educado como él. Se sirven agua el uno al otro, se pasan la cestita del pan. Se preguntan con interés sobre el trabajo. Él habla de la novela que está a punto de publicar, *El asesino*, sí, ya es la sexta, y ambos, como si fuesen viejos amigos, alzan el vaso solemnemente para brindar por el éxito de su nuevo libro. No importuna al estonio deforme comentándole que no se espera que tenga buena acogida.

La alcachofa de la ducha dudó un poco, enseguida el calor se le deslizó por la cabeza como una túnica larga. El agua le tapó los oídos. Oyó su propia voz grave y seria en su interior: «Por circunstancias familiares bastante graves». Esperó un momento, y después repitió las palabras: «Por circunstancias familiares bastante graves».

Le gustaba especialmente la palabra «bastante».

Cuando repitió la frase por tercera vez, supo que había formulado una excusa utilizable gracias al «bastante». Era vaga e imperiosa al mismo tiempo, ambigua y amenazadora. Primero parecía que la cosa no iría a más, pero había resultado ser «bastante grave». Que la excusa llegara tan tarde la haría todavía más creíble.

Sería como si, con esa palabra, confiase algo personal a la directora de la organización, sin decir de qué se trataba. Su franqueza despertaría comprensión enseguida, la directora recordaría sus propios problemas. En su respuesta al correo electrónico, que llegaría en menos de quince minutos, le daría ánimos, prometería discreción. Si podía hacer algo...

Se apoyó con las dos manos en la pared, un poco inclinado hacia delante, como si actuase en su propia obra de teatro e interpretara a un personaje que está pasando por un momento difícil. Casi se le había olvidado el escozor de los ojos, dirigió la cara al potente chorro de agua, pero no se atrevió a mirar.

Se imaginó a la directora, los tulipanes en un jarrón elegante sobre la mesa cubierta con mantel de lino. Espera a su marido, que le ha hecho la cena y ahora ha ido un momento a por el molinillo de pimienta. Podría empezar ya a hablar, por encima de la isla de cocina, pero espera, inhala agradecida el aroma que desprende su plato. Tiene casi cincuenta años, va a la peluquería todas las semanas. ¿Sabes qué?, dirá a Hans o Henk, que se arrima a la mesa de buen humor, ¿te acuerdas de Steegman, el rubio de las gafas de montura gruesa? Ha dicho que no va a venir a la cena. Me ha enviado una nota hoy. Debe haber pasado algo grave. A su mujer, o a su hija. Steegman nunca dice que no...

Decidió hacer una cuenta atrás, como haría con Renée. Era la única manera. Pero cuando todavía iba por dos, para demostrarse que era un hombre, abrió los ojos. Tuvo que abrirlos de par en par para resistir el impulso de cerrarlos. Le pareció que unos chorros de agua lacerantes le perforaban los globos oculares doloridos. Decidió volver a contar, esta vez hasta diez, así los restos de espuma desaparecerían del todo. Al final siguió hasta veinte, porque cuando iba por cinco notó que mirar hacia aquella neblina efervescente

se había vuelto agradable. Cuando llegó a veinte, el picor se transformó en una sensación nueva y desconocida, muy parecida a la de tener los ojos secos.

Después de parpadear y cerrar los ojos con fuerza varias veces, intentó mirar a su alrededor. En el baño todo estaba en su sitio de siempre. Los azulejos de color turquesa claro de finales de los cincuenta, que le llegaban a la altura del hombro, seguían dominando la habitación, todavía le evocaban imágenes de piscinas en verano. El bidé con el grifo estropeado. Los tarritos y botellines polvorientos sobre el estante de madera, y debajo las toallas. El lavamanos amplio, el espejo con manchitas marrones, los pececillos de colorines con sus airosas colas nadando en fila india por el cristal de la ventana.

El picor había desaparecido. Lo veía todo nítido, sin gafas. Con más nitidez que nunca, vio los objetos que habían ido a parar a esta casa y se habían hecho un hueco en su vida.

2

Steedman apiló el montoncito de correo que había acumulado en la esquina de la mesa del comedor a lo largo de los últimos cuatro días. Encima de todo había un sobre de una institución bancaria. Lodewijk. El nombre del vecino de enfrente llamaba la atención en la ventanilla de la dirección, imponente. Lodewijk. Un nombre que ya no se veía nunca, excepto en esuelas o tarjetas de nacimiento.

Se habían conocido dos años antes, en el césped del jardín delantero de Lodewijk, poco después de la mudanza. Si quería, Steedman podía llamarle «Wiet» o «Wietje», como hacía todo el mundo en la calle y en el pueblo. Una degeneración de «Louis», supuso Steedman al no recibir otra explicación. Pero algo en la postura de Lodewijk, algo en los hombros y en

las comisuras de los labios, revelaba que no era persona ni de diminutivos ni de motes; que usaba ese nombre, o lo toleraba, para parecer algo que no era. Para caer bien a los plebeyos, para mostrarse como uno de ellos, para ser aceptado. Que en su fuero interno, en la privacidad de su sala de estar, por las noches, sentía un disgusto cercano al odio por cualquiera que osara llamarle «Wietje». A él, ¡un trabajador bancario jubilado con cuarenta y cuatro años de servicio fiel! Escoria.

Al mismo tiempo, Steegman supo que si no aceptaba la oferta, el vecino se lo tomaría mal. Como un rechazo personal. Como si Steegman, el urbanita, no pudiese aceptar que Lodewijk era un hombre de pueblo, simpático y humilde. Lo tomaría por un arrogante.

La conversación duró casi diez minutos. Los pasó practicando mentalmente para decir «Wiet» al menos una vez. Finalmente no consiguió pronunciar aquel nombre ridículo. No le apetecía en absoluto llamar «Wiet» a alguien a quien apenas conocía. La obligación moral se le antojaba una violación de su privacidad. Por eso, al despedirse dijo simplemente «Lodewijk», con amabilidad. Al fin y al cabo, era su nombre.

No notó nada en el rostro de Lodewijk. Tal vez supuso que Steegman primero quería ganarse la confianza que él tan generosamente le había ofrecido. O peor, que seguramente ya usaría el mote a partir de la siguiente vez que se viesen. Sin embargo, Steegman había tenido la sensación de que aquellas tres sílabas cautelosas habían sonado como martillazos sobre el asta de la bandera con que se reclama un territorio como propio.

Con el montoncito de correo en una mano y Renée en la otra, bajó por el sendero de guijarros que conducía desde la puerta principal, en el lateral del piso noble, hasta la acera.

Se acordó de la cestita azul.

El año pasado, el día después de que regresaran de sus vacaciones, apareció Lodewijk, tan pronto como el cartero, trayendo una cestita azul. Dentro había el correo, que había recogido a petición de Steegman, y que había separado con unos A4 en los que había anotado el día y la fecha con pluma estilográfica y buena letra. Cada día, primero la correspondencia importante y después la publicidad.

Steegman le había dado las gracias profusamente.

No hacía falta que le devolviese la cestita enseguida; Lodewijk, mirándola, dijo que no la necesitaba urgentemente, que podían leerse el correo con calma. Al no recibir respuesta, dijo que al día siguiente ya le iba bien. Por la mañana. Resultaba que al día siguiente él y su mujer salían, pero Steegman tenía toda la mañana para devolverles la cesta. Preguntó si le iba bien, y cuando Steegman asintió con la cabeza, dijo:

—Pues quedamos así. Mañana por la mañana.

Los intentos de Tereza de sacar el correo de la cesta y dejarlo sobre la mesa fueron recibidos con protestas enérgicas. Lodewijk no necesitaba la cestita, en serio, ya le iba bien al día siguiente. Antes de las doce y media. Porque su mujer quería salir a las doce y media, dijo Lodewijk, mirando a Steegman a los ojos.

Era una cesta de nada, una cesta vieja de plástico azul claro de los sesenta. A Steegman no se le ocurría para qué debía usarla Lodewijk.

Cuando fue su turno de guardar el correo del vecino, él no necesitó ninguna cesta. Sólo habían estado fuera cinco días; un *trekking* por Alsacia. El correo habría cabido fácilmente en la mano de Renée.

En el extremo de la calle se oyeron dos petardeos de un tubo de escape, y un coche pequeño salió disparado. La carrocería tuneada cubría las ruedas y quedaba tan baja sobre